

de la Providencia en el mundo. Por él se desvanecieron las tramas urdidas por Hamán para llegar al exterminio de los judíos. Es también una enseñanza elocuente sobre los daños que produce la soberbia en el alma y en el cuerpo. Se trata de un pecado capital que conduce a otros muchos pecados, al odio, al asesinato y a la calumnia; que hace al hombre desdichado y le surge en el descontento, sin que puedan consolarle ni el poder, ni la riqueza, ni los honores, y que, en definitiva, lleva a la caída y a la humillación. Lo mismo que a Hamán le había sucedido antes a Lucifer. Por eso dice el libro de los Proverbios: «El soberbio

va derecho a la ruina, y el orgullo precede a su caída.»

La Iglesia ha visto siempre en Ester una figura de María. Como Ester, para ser reina de Persia, fué María escogida para ser Madre del Salvador y, por tanto, Reina del cielo por la gracia de su hermoso y humilde corazón; y también a María le aplica la literatura, pensando en su concepción inmaculada, aquellas palabras que dijo a Ester el rey Asuero: «Esta ley no ha sido dada para tí, sino para todos los demás». Finalmente; lo mismo que Ester, María se presenta con las galas de sus virtudes ante el Rey del cielo y salva a su pueblo de la muerte.

